

DA SENSORIALIDADE À SIMBOLIZAÇÃO

DE LA SENSORIALIDAD
A LA SIMBOLIZACIÓN

FROM SENSORIALITY
TO SYMBOLIZATION

Regina Orth de Aragão
Círculo Psicanalítico do Rio de Janeiro
ORCID: 0009-0004-7773-7497
reginaortharagao@gmail.com

Data de Recebimento: 14-05-2024
Data de Aceitação: 11-10-2024

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Orth de Aragão R. (2024) DA SENSORIALIDADE À SIMBOLIZAÇÃO
Intercambio Psicoanalítico 15 (2), DOI: doi.org/10.60139/InterPsic/15.2.8
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

DE LA SENSORIALIDAD A LA SIMBOLIZACIÓN¹

¹ Texto correspondiente a la ponencia presentada en la Jornada Lo Infantil, del Instituto Horizontes, el 15 de mayo de 2021. Porto Alegre, RS – Brasil.

Regina Orth de Aragão²

² Psicoanalista, miembro titular del Círculo Psicoanalítico de Río de Janeiro, profesora del Curso de Especialización en Psicología Clínica con Niños, PUC/RJ.

El nacimiento del psiquismo y el nacimiento del objeto son insolubles; el psiquismo se constituye al mismo tiempo que el objeto adquiere, paulatinamente, el estatus de existencia para el sujeto. Una cuestión crucial en los procesos de subjetivación es comprender cómo ocurre el paso de las inscripciones y vivencias en el cuerpo, en el registro de la sensorialidad, al registro del psiquismo propiamente dicho, relacionado con las capacidades de representación y simbolización.

El bebé constituye su subjetividad a partir de sus experiencias corporales. Winnicott (1949) enfatiza la importancia del proceso de personalización, que implica el establecimiento de vínculos entre la psique y el cuerpo. Muchas de las experiencias sensoriales y corporales del bebé surgen en el contexto de los cuidados, donde el niño es objeto de investidura de su objeto primordial, generalmente la madre. En esa experiencia inicial prevalece la ilusión temporal de una indiferenciación entre el afuera y el adentro. El proceso de subjetivación en el bebé ocurre entonces mediante la aceptación y apropiación de sus experiencias sensoriales, pero también por la apropiación de las experiencias sensoriales compartidas con los adultos de su entorno. Se trata, por tanto, de intentar comprender cómo los primeros vínculos psíquicos, especialmente aquellos que emanan de la sensorialidad, intervienen en los procesos de subjetivación.

En un bebé, la experiencia sensorial se convierte en un factor subjetivante en la medida en que ocurre una integración adecuada de sus polisensorialidades con el papel rítmico integrador del entorno materno (Golse, 2006) y cuando puede experimentar la vivencia de un pleno compartir afectivo (Ciccione, 2007). En este tiempo de los primeros lazos, los sujetos y objetos psíquicos, comprendidos como componentes de una relación objetal, aún no están constituidos en el bebé. Estos se organizarán a partir de estos primeros vínculos, al igual que se definirán los espacios internos y externos. En este primer momento, el objeto no existe para el bebé como otro, sino que es investido de manera completamente narcisista.

Además, en el bebé muy pequeño, las experiencias psíquicas están poco integradas y no coordinadas. La subjetividad se compone de fuerzas, impulsos y movimientos sentidos inicialmente de manera difusa, y son los aspectos cuantitativos, de intensidad, los que predominan sobre los cualitativos. El campo de las representaciones, que pueden vincular los afectos, aún no está constituido. Bion (1979) propone que es la capacidad de *reverie* materna y su función *alfa* la que, poco a poco, permitirá que esos datos sensoriales brutos se conviertan en producciones representativas, internalizadas y metabolizadas gradualmente por el psiquismo naciente del bebé. Esta capacidad del psiquismo materno de contener y transformar permite metabolizar y transformar las primeras producciones o proto-producciones psíquicas de su bebé para hacerlas utilizables por él. Esta función materna requiere una identificación primaria con su bebé, a quien la madre presta su aparato para pensar pensamientos, es decir, su aparato para que la niña o el niño pueda pensar sus primeros pensamientos, impensables por ella o él a solas.

Sin embargo, el estudio de las sensorialidades es aún relativamente reciente en el psicoanálisis, y en parte han sido las contribuciones de la clínica de los comienzos y los estudios sobre el psiquismo perinatal las que han contribuido a su desarrollo. Las sensorialidades pueden describirse como el conjunto de experiencias psíquicas que se expresan en torno a los órganos de los sentidos. A. Konicheckis (2008) propone considerar la sensorialidad como el complemento libidinal de la percepción, su cara afectiva.

El *sensorium* se forma esencialmente sobre las superficies de encuentro entre partes del cuerpo y objetos del mundo externo, y encarna toda la ambigüedad de la noción de 'compartir', que es al mismo tiempo encuentro y separación. Fenómeno de contacto entre el afuera y el adentro, la sensorialidad implica también los lazos que se establecen entre la psique y el soma (KONICHECKIS, 2008, p. 6).

Las primeras experiencias sensoriales del bebé son fragmentadas y discontinuas, y será la actividad psíquica la que deberá unir las. Las satisfacciones o las inadecuaciones por parte de los adultos que cuidan del bebé, ya sea por falta o por exceso, son experimentadas por él como una experiencia sensorial. La piel adquiere aquí una gran importancia, ya que posee la capacidad de contener y unir todos los órganos de los sentidos, favoreciendo así la constitución de una integración, como afirman E. Bick (1968) y D. Anzieu (1985). No es posible suponer que en el bebé ocurran experiencias fuera de la sensorialidad. Como afirma Golse (2002), los sentidos despiertos confirman la presencia de un objeto.

Sensorialidad fetal

Por otro lado, numerosos estudios han demostrado la existencia de una sensorialidad fetal. Hoy en día está claro que los cinco sentidos humanos se desarrollan siguiendo un orden invariable durante la vida intrauterina: en primer lugar el tacto, luego el olfato y el gusto, después la audición y finalmente la vista. Además, las investigaciones coinciden en que, aunque no todos alcanzan la maduración antes del nacimiento, estos sistemas sensoriales ya son funcionales en el útero. Asimismo, los estudios de las últimas décadas sobre la vida intrauterina han evidenciado la existencia de una percepción por parte del feto de elementos de su entorno, tanto intrauterino como externo (Busnel & Herbinet, 1982).

En el embrión, el desarrollo ocurre de acuerdo con el ritmo de la embriogénesis. El embrión, luego feto, adquiere progresivamente las grandes funciones biológicas cuya maduración puede verificarse mediante la observación y la medición de las variaciones y ondulaciones rítmicas. Este desarrollo está acompañado del ritmo regular de los latidos cardíacos maternos y por el sostén tónico de la pared uterina que transmite y amortigua los mensajes propioceptivos y sonoros a través del líquido amniótico. La precocidad del desarrollo del tacto lo señala como el primer órgano de transmisión de la información sobre el mundo, lo que lleva a Prat (2007) a suponer que es la primera base del desarrollo psíquico. La información sobre el mundo se haría en términos de presencia/ausencia del contacto.

La piel es, entonces, el primero de los órganos de los sentidos y también el mayor de nuestros medios de comunicación con el exterior. La singularidad de la piel como órgano de los sentidos respecto a los demás es su reciprocidad: al tocar, también se es tocado; el contacto supone e incluye el encuentro, y estas son las primeras sensaciones percibidas en el desarrollo del embrión.

Desde el inicio de la vida, las primeras experiencias sensibles se inscriben entonces en una dualidad y están hechas de la alternancia entre 'estar en contacto' y 'estar sin contacto'. Están indisolublemente ligadas a la ritmicidad de los encuentros con lo que se convertirá en el otro, a medida que avanza el desarrollo, pero que está presente en el plano sensorial desde el origen (PRAT, 2007, p. 106).

Según la concepción de Prat (2007), las primeras excitaciones que deben ser transformadas provienen de los elementos táctiles, en la alternancia entre contacto/pérdida de contacto, creando un modelo base, que será el prototipo para los demás órganos de los sentidos, los cuales vendrán a ampliar la gama de modalidades perceptivas ligadas a estar en contacto/estar sin contacto. En esta concepción, el ritmo primordial es el de la presencia y la ausencia del otro, probablemente vivido en las experiencias arcaicas de 'seguro/abandonado', cuya alternancia demandará una organización que restablezca la continuidad. Este ritmo primordial de 'seguro/abandonado' también se manifestará en las demás actividades sensoriales cuando se vuelvan funcionales, como el olfato, el gusto, la audición y finalmente la vista, que permitirán mantener el contacto con el objeto a distancia.

Estas hipótesis buscan dilucidar qué huellas sensoriales experimentadas por el feto podrían prefigurar una relación de objeto, a partir de los primeros registros parciales y arcaicos. En este sentido, también resulta de gran interés la propuesta de S. Maiello (2000), al sugerir que las discontinuidades de la voz materna, que llegan al feto a través de la pared abdominal y uterina, le proporcionarían una pre-forma de la experiencia posterior de la alternancia ausencia/presencia del objeto en la vida postnatal.

Maiello (2000) propone que el encuentro con los sonidos permite al feto experimentar las diferencias entre los ruidos de fondo, regulares y permanentes, y los sonidos aleatorios. La percepción de la voz materna podría representar la primera experiencia de alteridad del feto durante la vida prenatal, ya que no tiene ningún poder sobre su presencia o ausencia. A partir de sus trabajos sobre los bebés y los datos de la vida fetal que muestran que los bebés perciben los ruidos un mes antes de percibir las voces, Maiello (2000) considera que "los momentos iniciales de la emergencia y diferenciación del aparato mental en relación al estado primordial de unión fusional psicofísica son aquellos ligados a la dimensión acústica".

Sabemos que en el útero el feto percibe algunos sonidos, que ciertamente tiene dificultad en discernir si son internos o externos, ya que estos últimos también le llegan a través del cuerpo materno. Pero algunos sonidos son regulares y rítmicos, como los ruidos del corazón materno; otros son irregulares, como los ruidos digestivos; sin embargo, los sonidos de afuera son obviamente irregulares e imprevisibles (ruidos del entorno externo, voces de adultos y especialmente la voz materna). Para S. Maiello (2000), la irregularidad de la percepción de la voz materna prefiguraría la problemática de la ausencia y la presencia que tomará forma central después del nacimiento, durante el proceso de diferenciación sujeto/objeto que el niño vivirá.

La sensorialidad y el psiquismo

El ser psíquico del bebé podría definirse por la intensidad de sus sensorialidades, que instauran un espacio personal y fundacional del sentimiento de sí mismo. Estas sensorialidades corresponden a una experiencia íntima, única para cada bebé, y difícilmente transmisible. El sensorium delimita y crea una especie de cartografía que permite establecer los límites, las fronteras, las diferenciaciones entre el yo y los otros, a partir de una experiencia interna, propia, personal, múltiple y variada. Antes del nacimiento, el niño está envuelto en un medio que produce sensaciones cenestésicas, auditivas y gustativas. Después del corte del nacimiento, el niño reencuentra sensaciones que estarán en relativa continuidad con las que sentía antes: el tono de las voces, la cadencia de los movimientos, los latidos del corazón y los ritmos corporales. En los momentos de separación del objeto, lo que el niño pierde no es la figuración de la persona de su madre, sino las experiencias sensoriales que compartía con ella. El sentimiento de identidad personal se construye a partir de la actividad psíquica sensorial, y Konicheckis propuso la noción de identidad sensorial (Konicheckis, 2000), refiriéndose a estas características de las experiencias sensoriales que componen, poco a poco, la identidad propia de cada ser. Así, el bebé crea su conocimiento de los objetos por los efectos sensoriales que estos provocan, ya que al principio siente las sensaciones y las modalidades perceptivas, no el objeto del cual emanan. Lo materno, en tanto calificativo, precede la formación psíquica de la representación de la madre. Recordemos que en su texto sobre la negación, Freud (1925) afirma que el juicio de atribución, que concierne a las características del objeto, precede al juicio de existencia, que decide si el objeto existe o no en la realidad externa.

Myriam David (2014) sostenía que en los primeros años de vida del niño, su motricidad espontánea y las vivencias sensoriales de su cuerpo le permiten toda una serie de descubrimientos. La actividad psíquica del bebé estaría contenida y se ejercería a partir de su sensorio-motricidad, ambos factores estando en continuo proceso de integración para desarrollar el psiquismo. En sus palabras:

Por psiquismo entiendo esta fuerza interna que habita en nosotros, misteriosa, invisible e impalpable, en actividad perpetua y permanente, en busca de procesos de "funcionamiento", de "regulación", de "organización"... Durante los primeros años, lo que ocurre con el psiquismo también ocurre con el desarrollo motor del bebé. Es él mismo, y solo él, el bebé, quien lo elabora cada día, "a pequeños pasos", utilizando los recursos que se le ofrecen gradualmente, por un lado, por el estado de desarrollo y la integridad de su aparato neuro-sensorio-motor, y, por supuesto también, por sus encuentros interactivos e intersubjetivos con el entorno cercano, material y humano, del cual "se" alimenta. Para hacerlo, el bebé dispone de esta única, pero extraordinaria herramienta que es su aparato neuro-sensorio-motor en el estadio de desarrollo en el que se encuentra (DAVID, 2014, p. 280).

Esta fuerza de actividad permanente y dinámica, en busca de procesos de organización y enlace, tiene como punto fundamental el encuentro con el otro, con las características de su ritmicidad y narratividad. Este inicio de la vida es, de alguna manera, el reino de la sensorialidad, la motricidad y el ritmo, anclados en el cuerpo y en el contacto con el otro.

Partimos de la base de una sensorialidad innata del bebé que une el interior y el exterior a través de los órganos sensoriales y las excitaciones que reciben y generan sensaciones. Esta sensorialidad primitiva configuraría flujos sensoriales (D. Houzel, 2002) inicialmente indiferenciados. Las excitaciones serán diferenciadas, coordinadas e integradas por el papel del otro subjetivante, que al reflejarlas, espejarlas y traducirlas, posibilitará que se cree una "ritmicidad conjunta" en el vínculo. Es el ritmo el que funcionará como organizador de estas polisensorialidades (Golse, 2010). Uno de los puntos a enfatizar en los estudios sobre el bebé es la relativa discrepancia entre, por un lado, su "aptitud" sensorial y, por otro, su "incompetencia" motora, lo que parece llevarlo a necesitar, literal y metafóricamente, del cuerpo y los brazos del otro. Dentro del campo del psicoanálisis, recordamos a Winnicott, quien al describir la función materna, se sirve de un vocabulario corporal al hablar de "holding" y "handling" como medios fundamentales para darle al bebé humano su consistencia en una continuidad de existencia.

Las conceptualizaciones de Didier Anzieu (1985) sobre el Yo-piel y el envoltorio psíquico, y de Esther Bick (1968) sobre la piel psíquica, ofrecen modelizaciones interesantes sobre esta transición entre sensorialidad y simbolización. Ambas nociones, la del envoltorio psíquico y la de piel psíquica, señalan el papel de la función continente del objeto externo internalizado. Anzieu (1985), al proponer la noción de "Yo-piel", busca reintroducir dentro del campo teórico del psicoanálisis la dimensión del cuerpo, considerado por él como reprimido en el pensamiento psicoanalítico. El Yo-piel tendría un doble origen, epidérmico y propioceptivo, y a partir de este se establecerían las primeras barreras defensivas que filtran los intercambios, tanto internos como con el mundo externo. Fue definido por Anzieu (1985) como una figuración de la que el Yo del niño se sirve durante las fases tempranas de su desarrollo para representarse a sí mismo como un

Yo que contiene los contenidos psíquicos, a partir de su experiencia de la superficie del cuerpo... Esto corresponde al momento en que el Yo psíquico se diferencia del Yo corporal en el plano operativo, pero permanece confundido con él en el plano figurativo" (ANZIEU, 1985, p. 39).

Las tres funciones principales del Yo-piel fueron definidas en su artículo de 1974 (Anzieu, 1974) y están directamente correlacionadas con las propuestas de Winnicott sobre el desarrollo emocional primitivo y las funciones maternas. La primera de estas funciones es la del mantenimiento del psiquismo, ligada al hecho de que la piel sostiene los músculos y el esqueleto, y se desarrolla por la interiorización del *holding* materno. La segunda se relaciona con el hecho de que la piel cubre todo el cuerpo, por lo que el Yo-piel envuelve el psiquismo y lo contiene, desarrollándose también por la interiorización del *handling* materno. La tercera función es la de protección contra los estímulos externos excesivos, función de para-excitación. En la lectura de R. Roussillon (2007), la problemática central tratada por el Yo-piel es la de la diferenciación yo/no-yo, ya que su función es ofrecer una primera forma de delimitación entre el Yo y su entorno. La segunda diferenciación tratada por este concepto es la que se da entre el Yo psíquico y el Yo corporal. Sin embargo, estos procesos no pueden llevarse a cabo, recuerda Roussillon, "sin un tiempo previo, el de la construcción de una piel común entre la madre y el bebé" (Roussillon, 2007, p. 95). Esta piel común depende directamente de la calidad de los cuidados maternos y de las satisfacciones dadas al impulso de apego y a la comunicación temprana que este implica. En primer plano está, entonces, el registro sensoriomotor, siendo esta una primera forma de "compartir afectos". En cuanto a la dimensión de la reflexividad, el primer desafío planteado por el Yo-piel sería precisamente el de (auto) sentirse, y el bebé aprendería a (auto) sentirse a partir de la manera en que es sentido por sus objetos primordiales. Luego, se trataría de verse a sí mismo, y también aquí el bebé aprendería a verse según cómo es visto. Lo mismo aplicaría para oírse y escucharse. D. Anzieu (1985) subraya que la piel representa el primer modelo de reflexividad, ya que al tocar, el sujeto se percibe externamente por la parte que toca e internamente por la parte que es tocada. Para Roussillon (2007), "el interés del paradigma de la reflexividad radica en que abre la cuestión del lugar del objeto en el nacimiento y en las formas" (Roussillon, 2007, p. 101) que este presenta. "Si la forma de 'sentirse' es la primera de la reflexividad, ¿cómo pensar en ese contexto el lugar del objeto?" (Roussillon, op. cit.). A partir de la suposición de la "piel común" desempeñando una regulación "transicional" dentro de la unidad dual madre-bebé, podemos completar describiendo la función del objeto en la transición de la sensoriomotricidad inicial al afecto sensoriomotor, que adquiere el valor de un mensaje. Este compartir sensoriomotor opera a través de micro intercambios y ajustes micro posturales entre el bebé y la madre, y podríamos añadir que también opera a partir de la ritmicidad conjunta que se constituye entre ambos, y "permite dar progresivamente a la experiencia sensorial el valor de un mensaje, y, por lo tanto, de un 'significante' psíquico" (Roussillon, 2007, p. 102).

Es esta transición progresiva de la experiencia corporal al estatus de mensaje intersubjetivo lo que parece estar en la base del desprendimiento de la piel a piel inicial, del desprendimiento de la piel del uno y de la piel del otro, al mismo tiempo que se da la transición y la transformación de lo corporal propiamente dicho hacia la representación psíquica, que será capaz de percibirse como una representación psíquica, como una representación de sí mismo o de momentos de sí mismo (ROUSSILLON, 2007, p. 102).

De este modo, se daría la transición del Yo-piel corporal al Yo-piel psíquico, representante del envoltorio psíquico del sujeto y también del encuentro con el objeto. Esta comprensión propuesta por Roussillon (2007) describe exactamente el deslizamiento del cuerpo hacia lo psíquico, hacia el campo de las primeras representaciones, en los procesos iniciales de diferenciación entre el sujeto y el objeto.

Podemos constatar que el enfoque de Anzieu remodeló nuestra concepción del psiquismo en relación con la experiencia sensorial y la contención psíquica del otro, que es primordial para que el sujeto constituya su envoltorio psíquico. El Yo-piel metaforiza, entonces, tanto la intimidad sensorial como la función materna.

Antes que Anzieu, pero en la misma perspectiva que enfatiza la relación del cuerpo con la constitución del psiquismo del niño, Esther Bick (1968) había propuesto la noción de "piel psíquica", un objeto continente introyectado por el bebé que delimita las fronteras entre lo interno y lo externo. Según esta concepción, la función primaria de la piel del bebé es unir las partes del cuerpo aún no diferenciadas e integradas. En su forma más primitiva, estas partes de la personalidad se sienten como si no tuvieran ninguna conexión entre sí y son mantenidas unidas pasivamente por la piel que funciona como límite. Esta función de contención de las partes no integradas del bebé depende de la introyección inicial de un objeto externo (madre/pecho), que dará lugar a la fantasía de los espacios interno y externo. El objeto continente introyectado es experimentado como una piel: cumple la función de "piel psíquica", límite y frontera entre lo interno y lo externo. Solo más tarde, la identificación con esta función del objeto sustituye el estado no integrado y da lugar a la fantasía de espacios internos y externos, y solo entonces el niño podrá servirse de los mecanismos de escisión e idealización. Hasta entonces, la identificación proyectiva sigue siendo el mecanismo psíquico dominante.

Esther Bick (1968) propone elementos para diferenciar entre los estados de no-integración, como una experiencia pasiva de desamparo total, y los de desintegración, que ya implican una operación defensiva activa mediante los procesos de escisión. El desarrollo insuficiente de esta función de la piel puede atribuirse a fallas en la adecuación del objeto, lo que podría llevar al desarrollo de una "segunda piel", a través de la cual el niño se muestra en una pseudo-independencia, utilizando inapropiadamente ciertas funciones mentales con el propósito defensivo de crear un sustituto para esta función de piel continente.

Por su parte, A. Konicheckis aborda la importancia del movimiento del niño, afirmando que “el movimiento corporal se expresa como un hilo que conecta las excitaciones dispersas y difusas” (Konicheckis, 2008, p. 49). Así, la identificación con sus propios movimientos favorece los primeros sentimientos identitarios del niño. En cierto modo, el movimiento comportaría entonces la cuna de la representación del objeto. La percepción del movimiento y la ritmicidad interna permitirá al bebé articular sus propias actividades y movimientos al ritmo de su madre, o de quien esté en relación con él. Este ajuste recíproco implica una creación rítmica a dúo, donde cada día tendrá su propio ritmo, su estilo temporal. Las situaciones de cuidado corporal, como la alimentación, son el prototipo de esto: la profunda articulación de los ritmos del bebé y de la madre determina una danza y una música que acompañan el texto de las palabras. A través del movimiento, el cuerpo figura y transforma, interpreta y simboliza.

G. Haag (1986), al estudiar la estructura rítmica del primer continente, la madre, mostró la importancia de estas primeras articulaciones de la interpenetración de las miradas, los ritmos y los cuerpos como experiencias para que el bebé se sienta contenido en este envoltorio primario, condición para la construcción del psiquismo. Esta interpenetración rítmica establece una relación en la que cada aspecto de uno es recibido y contenido por el otro, en una relación de *holding* psíquico.

Vemos entonces cómo las diversas expresiones de la sensorialidad, a través de pre-simbolizaciones corporales, confirman y profundizan el postulado de Freud de que “el Yo es ante todo un Yo corporal, no es solamente un ser de superficie, sino que él mismo es la proyección de una superficie” (Freud, 1923, p. 270).

Estas diversas concepciones intentan describir cómo se construye el pensamiento y la actividad psíquica del bebé en su propio cuerpo: los gestos, las mímicas y los movimientos del bebé son al mismo tiempo indicativos y constructivos de su propia actividad psíquica. La observación nos muestra que, en los orígenes, todo sucede en el cuerpo y en la relación. El cuerpo del bebé se presenta como el teatro privilegiado en el que se da la experiencia, la expresión y la elaboración de su vivencia en la relación con el otro, construyendo las transiciones entre el nivel sensitivo-sensorial y la futura simbolización del objeto ausente.

Así, una de las necesidades básicas del bebé es ser contenido en su vida psíquica. A partir de ahí, descubrirá la alteridad y desarrollará la capacidad de simbolizar las experiencias, lo que presupone poder manejar la experiencia de la ausencia del objeto. Es importante recordar que el objeto continente es interactivo: la continencia se da en el juego relacional, entre las capacidades perceptivas del bebé y la capacidad materna de sintonía afectiva.

Todo esto indica que el trabajo psíquico del otro es fundamental para determinar si el niño logrará o no constituir sus procesos de subjetivación y simbolización. Dicho de otro modo, en estos procesos iniciales de constitución psíquica, no sólo importa la alternancia entre la presencia y la ausencia del objeto, sino también las características y la calidad de la presencia del objeto.

Referencias Bibliográficas:

- ANZIEU, D. Le moi-peau. *Nouvelle Revue de Psychoanalyse*, Paris, n. 9, p. 195-203, 1974.
- _____. *Le Moi-Peau*. Paris: Dunod, 1985.
- BICK, E. The experience of the skin in early object-relations. *International Journal of Psychoanalysis*, Londres, v. 49, p. 484-486, 1968.
- BION, W. R. (1962). *Aux sources de l'expérience*. Paris: PUF, 1979
- BUSNEL, M.C. e HERBINET, E. - (orgs.). *L'aube des sens*. Paris: Stock, 1982
- CICCONE, A. Naissance à la pensée et partage d'affects. Conférence au Colloque « Vínculos tempranos, clínica y desarrollo infantil », Montevideo, 31 août 2007.
- DAVID, M. *Prendre soin de l'enfance*. Toulouse: Érès, 2014.
- FREUD, S. *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas completas de Sigmund Freud*. Rio de Janeiro: Imago, 1976.
- _____. (1923). O ego e o id. In: *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas completas de Sigmund Freud*. Rio de Janeiro: Imago, 1976. v. XIX, p. 73-148.
- _____. (1925) A negativa. In: *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas completas de Sigmund Freud*. Rio de Janeiro: Imago, 1976. v. XIX, p.295-300.
- GOLSE, B. Le bébé à l'épreuve des sens. In: ANDRE J. e BAUDIN M., *La vie sensorielle*. Paris, P.U.F., 2002
- _____. *L'être-bébé*. Paris, Presses Universitaires de France, 2006.
- GOLSE, B.; ROUSSILLON, R. - *La naissance de l'objet*, Paris: PUF, 2010.
- HAAG, G. Hypothèse sur la structure rythmique du premier contenant, *Gruppo*, n° 2, 1986, p. 45-53.
- HOUZEL, D. *L'aube de la vie psychique*. Paris: ESF, 2002.
- KONICHEKIS, A. - Identité sensorielle chez le bébé et à l'adolescence. In : GUTTON, P. & GODENNE, G. *Troubles de la personnalité, troubles de la conduite. Monographie ISAP*. Paris : GREUPP, p. 139-149, 2000.
- _____. *De génération en génération: la subjectivation et les liens précoces*. Paris, P.U.F. Coll. Le fil rouge, 2008.
- _____. Continuités, discontinuités... de la difficulté à établir des liens psychiques. In : CHABERT, C. (org.). In : *Les séparations*. Toulouse : Érès, 2013, p. 57-70.
- MAIELLO, S. - Trames sonores et rythmiques primordiales, In: *Journal de psychanalyse de l'enfant*, n° 26, Paris, 2000.
- PRAT, R. - La préhistoire de la vie psychique : son devenir et ses traces dans l'opéra de la rencontre et le processus thérapeutique. In: *Revue française de psychanalyse* 1/2007, vol.71, p. 97-114. Paris
- ROUSSILLON, R. - *Paradoxos e situações limite da psicanálise*, São Leopoldo, Ed. Unisinos, 2006.
- _____. Le Moi-peau et la réflexivité. In: *Didier Anzieu: le Moi-peau et la psychanalyse des limites*. CHABERT, C., CUPA, D., KAES, R., ROUSSILLON, R. (orgs.) Toulouse: Érès, 2007.
- _____. *Le transitionnel, le sexuel et la réflexivité*, Paris, Dunod, 2008.
- WINNICOTT, D. (1949). L'esprit et ses rapports avec le psyché-soma. In : *De la pédiatrie à la psychanalyse*. Paris: Payot, 1969, p.66-79.